

LA
NUEVA
TIERRA

Anthony A. Hoekema

LA NUEVA TIERRA

Anthony A. Hoekema



LA NUEVA TIERRA

En este capítulo nos ocuparemos del estado final de aquellos que están en Cristo. La Biblia enseña que los creyentes irán al cielo cuando mueren. Otra cosa que las Escrituras enseñan claramente es que ellos serán felices durante el estado intermedio entre la muerte y la resurrección. Pero su felicidad será provisional e incompleta. Para la plenitud de su felicidad ellos esperan la resurrección del cuerpo y la nueva tierra que Dios creará como culminación de su obra redentora. Es a esa nueva tierra a la que ahora dirigimos nuestra atención.

La doctrina de la nueva tierra, según la enseñanza de las Escrituras, tiene mucha importancia. Es importante, en primer lugar, para una comprensión correcta de la vida por venir. Hay ciertos himnos que dan la impresión que los creyentes glorificados pasarán la eternidad en algún cielo etéreo situado en algún punto del espacio, muy lejos de la tierra. Las siguientes líneas del himno "Cristo Vive" parecieran dar dicha impresión: "¡Cristo vive! Si con él/recorremos este suelo / con él hemos de reinar / para siempre allá en el cielo. ¡Aleluya!" Pero, ¿hace justicia este modo de pensar a la escatología bíblica? ¿Es cierto que vamos a pasar la eternidad en algún lejano lugar del espacio, vestidos con mantos blancos, tocando arpas, cantando canciones y volando entretanto de nube en nube? Muy por el contrario, la Biblia nos asegura que Dios creará

una nueva tierra en la cual viviremos para la gloria de Dios, con cuerpos resucitados y glorificados. Es en esa nueva tierra, entonces, donde esperamos pasar la eternidad, disfrutando de sus bellezas, explorando sus recursos y usando sus tesoros para la gloria de Dios. Y si tenemos en cuenta que Dios hará de la nueva tierra su morada y que donde Dios mora, allí está el cielo, seguiremos estando en el cielo a la vez que estamos en la nueva tierra. Porque el cielo y la tierra ya no estarán separados, como lo están ahora, sino que serán uno (véase Ap. 21:1-3). Pero dejar a la nueva tierra fuera de nuestra consideración al pensar en el estado final de los creyentes es empobrecer la enseñanza bíblica respecto a la vida futura.

En segundo lugar, la doctrina de la nueva tierra es importante para captar correctamente toda la dimensión del programa redentor de Dios.

En Génesis leemos que en el principio Dios creó los cielos y la tierra. A raíz de la caída del hombre en pecado, se pronunció una maldición sobre esta creación. Dios ha enviado ahora a su Hijo a este mundo para redimir a esa creación de los resultados del pecado. En consecuencia, la obra de Cristo no consiste simplemente en salvar a ciertas personas, ni siquiera en salvar a una multitud innumerable de gente comprada con su sangre. La obra total de Cristo es nada menos que la de redimir toda esta creación de los efectos del pecado. Dicho propósito no se cumplirá hasta que Dios haya establecido la nueva tierra, hasta que el

Paraíso Perdido haya llegado a ser el Paraíso Recobrado. Necesitamos una clara comprensión de la doctrina de la nueva tierra, en consecuencia, para poder ver el programa redentor de Dios en sus dimensiones cósmicas.

Tenemos que damos cuenta que Dios no se dará por satisfecho hasta que el universo entero haya sido limpiado de todos los resultados de la caída del hombre.

La tercera razón por la que este tema es importante está en que ayuda a la correcta comprensión de la profecía del Antiguo Testamento. Ya antes hemos considerado varias profecías veterotestamentarias que hablan de un futuro glorioso para la tierra. Estas profecías nos dicen que, en algún momento del futuro, la tierra llegará a ser mucho más productiva de lo que es ahora, que el desierto florecerá como la rosa, que el que ara alcanzará y superará al que cosecha y que las montañas destilarán dulce vino. Nos dicen que el sonido del llanto no volverá a ser oído en la tierra y que los días del pueblo de Dios serán como los días del árbol. Nos dicen que en esa tierra el lobo y el cordero se alimentarán juntos, y que nadie herirá ni destruirá en todo el santo monte del Señor, puesto que la tierra estará llena del conocimiento del Señor como las aguas cubren el mar.

Los dispensacionalistas nos acusan a nosotros, los amilenialistas, de "espiritualizar" las profecías de este tipo de tal manera que perdemos su significado real. John F. Walvoord, por ejemplo, dice: "Las muchas promesas hechas

a Israel reciben dos tipos de tratamiento [por parte de los amilenialistas. El amilenialismo agustino tradicional transfiere estas promesas a la iglesia a través de una interpretación espiritualizada. La iglesia de hoy es el verdadero Israel y hereda las promesas que Israel perdió al rechazar a Cristo. El otro tipo de amilenialismo, más moderno, sostiene que las promesas de justicia, paz y seguridad son imágenes poéticas del cielo y que se cumplen en el cielo, no en la tierra". En una página posterior, después de citar y de hacer referencia a varios pasajes proféticos respecto al futuro de la tierra, Walvoord pasa a decir: "No hay alquimia teológica por la cual estos pasajes e incontables otras referencias a la tierra como esfera del reino del milenio de Cristo puedan ser espiritualizados de modo que se transformen en el equivalente del cielo, del estado eterno, o de la iglesia, como lo han hecho los amilenialistas".

A lo antedicho podemos contestar que profecías de este tipo no deberían ser interpretadas como si se refiriesen a la iglesia del presente o al cielo, si por cielo se entiende algún ámbito en algún lugar del espacio, lejos de la tierra. Las profecías de esta clase deberían ser entendidas como descripciones-en lenguaje figurativo, por cierto-de la nueva tierra que Dios establecerá después del regreso de Cristo-una nueva tierra que durará no solamente mil años, sino para siempre.

Una correcta comprensión de la doctrina de la nueva tierra, por lo tanto, nos dará una respuesta ante afirmaciones

dispensacionalistas tales como la que recién hemos citado. También nos dará una respuesta a la siguiente aseveración de otro dispensacionalista: "Si las profecías del Antiguo Testamento que tienen que ver con las promesas para el futuro hechas a Abraham y David se han de cumplir literalmente, entonces es necesario que haya un periodo futuro, el milenio, en el cual las mismas se puedan cumplir, por que la iglesia no las está cumpliendo ahora en ningún sentido literal. En otras palabras, la imagen literal de las profecías del Antiguo Testamento demanda ya sea un futuro cumplimiento o un cumplimiento no literal. Si se han de cumplir en el futuro, entonces el único tiempo que queda para tal cumplimiento es el milenio". 6 A esto podemos contestar: Habrá un cumplimiento futuro de estas profecías, pero no en el milenio, sino en la nueva tierra. Que se hayan de cumplir literalmente es cuestionable; ciertamente los detalles respecto a lobos y corderos, y a montes que destilan vino dulce, no deben ser entendidos de un modo groseramente literal sino como descripciones figurativas de cómo será la nueva tierra. Pero no es correcto decir que aplicar estas profecías a la nueva tierra es estar entregado a un proceso de "espiritualización".

En consecuencia, el tener en mente la doctrina de la nueva tierra dará a conocer el significado de grandes porciones de la literatura profética del Antiguo Testamento de modos sorprendentemente nuevos. Es empobrecer el significado de estos pasajes hacer que se refieran solamente a un período

de mil años precedente al estado final. Pero ver en estas profecías una descripción de la nueva tierra que espera a todo el pueblo de Dios y que durará para siempre es ver estos pasajes en su verdadera luz.

Pasamos ahora a examinar más en detalle lo que la Biblia enseña respecto a la nueva tierra.⁷ Los primeros capítulos del libro de Génesis nos enseñan que Dios prometió al hombre nada menos que la tierra misma como su morada y herencia: "Y los bendijo Dios, y les dijo: fructificad y multiplicaos: llenad la tierra y sojuzgadla y señoread en los peces del mar, en la aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra" (Gn. 1:28). Dios también colocó al hombre en el huerto de Edén. Teniendo a dicho huerto como centro, el hombre debía gobernar, dominar toda la tierra. Esta era su tarea, su mandato respecto a la creación. Pero el hombre cayó en el pecado, fue echado del Edén, y con ello llegó su condena de muerte. Pero aunque el hombre pecó, su dominio sobre la tierra no le fue retirado. Pero la tierra que le tocaba gobernar estaba ahora bajo maldición, como vemos en Génesis 3:1 ("Maldita será la tierra por tu causa"). Además, el hombre mismo había quedado tan corrompido por el pecado que no podía gobernar la tierra correctamente.

Inmediatamente después de la caída Dios le dio al hombre la así llamada "promesa madre": "Pondré enemistad entre ti y la mujer y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañal" (Gn. 3:15). Estas

palabras estaban dirigidas a la serpiente, a quien se identifica en el libro del Apocalipsis con Satanás: "Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás" (20:2; cf. 12:9). Esta promesa claramente afirmaba que la cabeza de la serpiente-el que había llevado al hombre a rebelar contra Dios-sería finalmente aplastada por la simiente de la mujer, y que por lo tanto la victoria final sobre la fuerza maligna que había turbado la tranquilidad del Paraíso estaba inevitablemente a la vista.

¿Pero cómo visualizarían Adán y Eva y los otros que oyesen esta promesa madre esta victoria final? Respecto a esta pregunta sólo podemos arriesgar suposiciones. Pero parecería que, al ser la muerte uno de los resultados del pecado. La victoria prometida debería de alguna manera incluir la eliminación de la muerte. Además, si consideramos que otro resultado del pecado había sido el alejamiento de nuestros primeros padres del huerto del Edén, desde donde debían gobernar al mundo por 225

Dios, parecería que la victoria debería también significar la restauración del hombre a algún tipo de paraíso recobrado desde el cual él pudiera una vez más gobernar la tierra correctamente y sin pecado. El hecho de que la tierra había sido maldecida en razón del pecado del hombre parecería también significar que, como parte de la victoria prometida, esta maldición y todos los otros resultados del pecado comprendidos en la misma, serían quitados. En consecuencia, se puede decir que en cierto sentido la

esperanza de una nueva tierra estaba ya implícita en la promesa de Génesis 3:15.

En Génesis 15 y 17 leemos del establecimiento formal del pacto de gracia con Abraham y su simiente. Al establecer su pacto con Abraham, Dios temporalmente reducía el alcance del pacto de gracia a fines de preparar una eventual ampliación de dicho pacto. En la promesa de Génesis 3:15 Dios había anunciado que él se encontraba misericordiosamente inclinado a favor de los hombres a pesar de la caída del hombre en el pecado. Esta misericordiosa inclinación estaba circunscrita en los términos más amplios posibles, o sea dirigiéndose a "la simiente de la mujer". Al establecer formalmente su pacto con Abraham, sin embargo, Dios temporalmente introdujo una fase particularizante del pacto de gracia-con Abraham y con sus descendientes físicos-a fin de que estos descendientes físicos de Abraham pudieran ser bendición para todas las naciones (véase Gn. 12:3; 22:18). La fase particularista del pacto de gracia hecho con Abraham, por lo tanto, sería seguida en la era neotestamentaria por la ampliación del alcance del pacto, que ya no queda limitado a Israel, sino que incluye a gente de todas las naciones de la tierra.

En lo referente a la herencia de la tierra, tenemos una situación similar: un estrechamiento temporal de la promesa seguido por una ampliación posterior. En otras palabras, así como el pueblo de Dios en la era del Antiguo Testamento estaba limitado mayormente a los israelitas para ser luego--

en la era del Nuevo Testamento-tomado de todas las naciones, del mismo modo en los tiempos del Antiguo Testamento la herencia estaba limitada a Canaán en tanto que en los tiempos del Nuevo Testamento la herencia se amplía hasta incluir toda la tierra.

En Génesis 17:8 leemos la siguiente promesa hecha a Abraham: "Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras; toda la tierra de Canaán, en heredad perpetua. . ." Nótese que Dios prometió dar la tierra de Canaán no solamente a los descendientes de Abraham sino también a Abraham mismo. Sin embargo Abraham nunca poseyó ni siquiera un metro cuadrado de suelo en la tierra de Canaan (cf. Hch. 7:5)-a excepción de la cueva de sepultura que tuvo que comprar de los heteos (véase Gn. 23). Pero, ¿cuál fue la actitud de Abraham respecto a esta promesa de herencia de la tierra de Canaán, que nunca se cumplió durante su vida? Tenemos una respuesta a esta pregunta en el libro de Hebreos. En Hebreos 11:9-10 leemos: "Por la fe [Abraham] habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa. Porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios". Cuando se habla de "la ciudad que tiene fundamentos" debemos entender que se hace referencia a la santa ciudad o la nueva Jerusalén que se encontrará en la nueva tierra. Abraham, en otras palabras, anticipaba la nueva tierra como el cumplimiento

real de la herencia que se la había prometido-y así lo hicieron los otros patriarcas. El hecho de que los patriarcas lo hicieran es citado por el escritor de Hebreos como evidencia de su fe: "Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad" (11:13-16).

Hebreos 4 nos dice que la tierra de Canaán era un tipo del reposo eterno que está preparado para el pueblo de Dios. A los israelitas que, tras andar por el desierto, no llegaron a entrar en el descanso de la tierra de Canaán debido a su incredulidad y desobediencia, se los compara en este capítulo con la gente que, debido a una desobediencia similar, no llegan a entrar en el "reposo" (v. 9) que nos espera en la vida por venir. Canaán, por lo tanto, no era un fin en sí misma, sino que apuntaba a la nueva tierra por venir. Gálatas 3:29 nos dice además que si somos de Cristo, somos simiente de Abraham, herederos según la promesa. Todos nosotros que estamos unidos a Cristo por la fe, por lo tanto, somos en este sentido más amplio, simiente de

Abraham. La promesa de la cual somos herederos debe incluir la promesa de la tierra.

Cuando volvemos a leer Génesis 17:18 a la luz de esta expansión neotestamentaria del pensamiento del Antiguo Testamento, vemos en la misma una promesa de una posesión final y eterna por parte de todo el pueblo de Dios-todos aquellos que son simiente de Abraham en el sentido más amplio de la palabra-de aquella nueva tierra de la cual Canaán era solamente un tipo. De allí que la promesa de la herencia de la tierra tenga significado para todos los creyentes de hoy en día. Limitar el énfasis futuro de esta promesa hecha a Abraham a la posesión de la tierra de Palestina por parte de judíos creyentes durante el milenio, como lo hacen los dispensacionalistas, es disminuir grandemente el significado de esta promesa.

Patrick Fairbairn resume lo que la herencia de Canaán significa en lo siguientes tres puntos:

(1) La Canaán terrenal nunca fue concebida por Dios, ni pudo haber sido desde el principio entendida así por su pueblo, como la herencia final y adecuada que habían de ocupar; ya que respecto a ella se habían dicho y esperado cosas que claramente no podían cumplirse dentro del límite de Canaán, ni siquiera en el ámbito de la tierra tal como la misma está presentemente constituida.

(2) La herencia, en su sentido pleno y exacto, era de tal naturaleza que solamente podía ser disfrutada por aquellos que se habían convertido en hijos de la resurrección, por haber sido ellos mismos totalmente redimidos en alma y cuerpo de los efectos y consecuencias del pecado.

(3) La ocupación de la Canaán terrenal por parte de la simiente natural de Abraham, en su intención más grande y final, era un tipo de la ocupación por parte de la iglesia redimida de la herencia de gloria que le estaba destinada.

Una pregunta que debemos enfrentar a esta altura es si la nueva tierra será totalmente diferente de esta tierra que conocemos o si será una renovación de ella. Tanto en Isaías 65:17 como en Apocalipsis 21:1 oímos hablar de "un cielo nuevo y una tierra nueva". La expresión "cielo y tierra" debería entenderse como el modo bíblico de denominar a todo el universo: "El cielo y la tierra juntos constituyen el cosmos".⁹ Pero ahora la pregunta es, ¿será totalmente aniquilado el presente universo, de modo tal que el nuevo universo será completamente diferente del actual cosmos, o será el nuevo universo esencialmente el mismo cosmos del presente, sólo que renovado y purificado?

Los teólogos luteranos muchas veces han favorecido la primera de estas dos posibilidades. G. C. Berkouwer menciona varios escritores luteranos que favorecen el concepto de la aniquilación del actual cosmos y de una discontinuidad absoluta entre la antigua tierra y la nueva. IO

Estos teólogos apelan a pasajes tales como Mateo 24:29 ("El sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias del cielo serán conmovidas") y 2 Pedro 3:12 ("Los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán").¹¹ Es evidente que habrá eventos cataclísmicos que acompañarán la destrucción de la actual tierra-eventos que constituirán un juicio divino sobre esta tierra, con todo su pecado e imperfección.

Sin embargo, debemos rechazar el concepto de la aniquilación total a favor del concepto de la renovación en base a las siguientes cuatro razones:

La primera reside en que tanto en 2 Pedro 3:13 como en Apocalipsis 21:1 el vocablo griego que se usa para designar la novedad del nuevo cosmos no es neos sino kainos. La palabra neos significa nuevo en tiempo u origen, en tanto que la palabra kainos significa nuevo en naturaleza o en cualidad.¹² La expresión ouranon kainon kai gen kainen ("un cielo nuevo y una tierra nueva", Ap. 21:1) significa, en consecuencia, no la aparición de un cosmos totalmente diferente del actual, sino la creación de un universo que, a pesar de haber sido gloriosamente renovado, mantiene continuidad con el presente.

La segunda razón para preferir el concepto de renovación por sobre el de la aniquilación es la argumentación que Pablo hace en Romanos 8. Cuando él nos dice que la

creación espera con anhelo ardiente la revelación de los hijos de Dios para ser liberada de la esclavitud de la corrupción (vv. 20-21), él está diciendo que es la presente creación la que será liberada de la corrupción en el escatón y no alguna creación totalmente diferente.

La tercera razón es la analogía existente entre la nueva tierra y los cuerpos de la resurrección de los creyentes. Anteriormente habíamos indicado que habrá tanto continuidad como discontinuidad entre el cuerpo presente y el cuerpo de la resurrección. Las diferencias entre nuestros cuerpos actuales y nuestros cuerpos de resurrección, por maravillosas que sean, no quitan la continuidad: somos nosotros quienes seremos resucitados, y somos nosotros quienes estaremos para siempre con el Señor. Los resucitados con Cristo no serán un grupo totalmente nuevo de seres humanos, sino el pueblo de Dios que ha vivido sobre esta tierra. Por analogía, es lógico esperar que la nueva tierra no sea totalmente diferente de la presente sino que será la presente tierra maravillosamente renovada.

La cuarta razón para preferir el concepto de la renovación sobre el de la aniquilación es la siguiente: si Dios tuviese que aniquilar el cosmos actual, Satanás habría logrado una gran victoria. Por que entonces Satanás habría tenido éxito en corromper tan devastadoramente el presente cosmos y la tierra presente que Dios no podría hacer otra cosa que aniquilado totalmente. Pero Satanás no logró tal victoria. Por el contrario, Satanás ha sido derrotado decisivamente. Dios

revelará la dimensión total de esa derrota cuando renueve esta misma tierra sobre la cual Satanás engañó a la raza humana y cuando finalmente elimine de ella todos los resultados de las malvadas maquinaciones de Satanás.

En relación con esto es interesante notar las palabras con las cuales Edgard Thurneysen describió su comprensión de cómo sería la nueva tierra: "El mundo al cual entraremos en la parusía de Jesucristo es, por lo tanto, no un nuevo mundo; es este mundo, este cielo, esta tierra; pero ambos pasados y renovados. Son estos bosques, estos campos, estas ciudades, estas calles, esta gente, los que serán el escenario de la redención. En este momento son campos de batalla, llenos de la lucha y el dolor de la consumación todavía no logrado; pero entonces serán campos de victoria, campos de cosecha, de los cuales surgirán de la semilla sembrada con lágrimas las eternas espigas que serán recogidas y llevadas al hogar". Emil Brunner criticó esta afirmación, pensando que era demasiado crasa y materialista, y diciendo que no tenemos derecho a esperar que la tierra futura fuere exactamente como la presente. G. C. Berkouwer, sin embargo, expresa aprecio por lo concreto de la esperanza de Thurneysen, prefiriendo esta manera de afirmar cómo será el futuro y no aquellos conceptos etéreos o espiritualizados del futuro que no hacen justicia a la promesa bíblica de una nueva tierra.

Cuando entendemos correctamente las enseñanzas bíblicas respecto a la nueva tierra, hay muchos otros pasajes de las

Escrituras que comienzan a caer dentro de un molde significativo. Por ejemplo, en el Salmo 37:11 leemos lo siguiente: "Pero los mansos heredarán la tierra (en un sentido localista)". Es significativo observar cómo Jesús hace una paráfrasis de este pasaje en su Sermón del Monte, y refleja la expansión neotestamentaria del concepto de la tierra: "Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra (en el sentido universal) por heredad" (Mt. 5:5). Génesis 17:8 nos enseña que Dios prometió dar a Abraham y a su simiente toda la tierra de Canaán como posesión eterna, pero en Romanos 4:13 Pablo habla de la promesa a Abraham y a sus descendientes en el sentido que ellos heredarían el mundo---nótese que la tierra de Canaán en Génesis se ha transformado en el mundo en Romanos.

Después de la curación de un cojo en el templo, Pedro dirigió un discurso a los judíos reunidos en el pórtico de Salomón, en el cual dijo lo siguiente: "Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envié a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas" (Hch. 3:19-21). La expresión (la restauración de todas las cosas" (en griego, apokatastaseus pantun) sugiere que el regreso de Cristo será seguido por la restauración de toda la creación de Dios a su perfección original--señalando así a la nueva tierra.

Anteriormente se hizo referencia a la enseñanza de Pablo en Romanos 8:19-21.

Aquí Pablo describe en términos muy vívidos el anhelo de la nueva tierra por parte de la presente creación: "Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será liberada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios". En otras palabras, no solamente es el hombre quien anhela esta nueva tierra; toda la creación lo anhela también. Cuando los hijos de Dios reciban su glorificación final en la resurrección, toda la creación será liberada de la maldición bajo la cual ha luchado. Parafraseando las palabras gráficas de Phillips, toda la creación "está de puntillas", esperando que esto suceda. Cuando Pablo más adelante nos dice que toda la creación gime como si tuviera dolores de parto, está sugiriendo que las imperfecciones de la presente creación que son resultados del pecado, deben ser correctamente vistas por nosotros como los dolores de parto de un mundo mejor. Nuevamente vemos aquí la redención en sus dimensiones cósmicas.

En Efesios 1:13-14 Pablo habla de nuestra herencia: "En él [Cristo]. . . fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que [quien] es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su

gloria". En esta traducción, tomada de la Biblia Reina Valera, revisión de 1960, la expresión griega *eis apolytrosin tes peripoieseos* (literalmente: hasta la redención de la posesión) está traducida de tal modo que parece significar: hasta que redimamos lo que es nuestra posesión. Otras versiones sugieren una interpretación diferente. La Biblia de Jerusalén, por ejemplo, traduce la frase en cuestión de ésta manera: "para redención del pueblo de su posesión". Cualquiera sea la versión que adoptemos, sin embargo, el pasaje deja en claro que el Espíritu Santo es la garantía o arras de nuestra herencia. ¿Cuál, entonces, es esta herencia? Por lo general pensamos que la herencia que aquí se menciona es el cielo. ¿Pero por qué restringir el término de esta manera? Vista a la luz de la enseñanza del Antiguo Testamento, ¿no incluye esta herencia a la nueva tierra con todos sus tesoros, bellezas, y glorias?

Hay un pasaje en el libro del Apocalipsis que habla respecto a nuestro reinado sobre la tierra: "Digno eres [Cristo] de tomar el libro y abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra" (Ap. 5:9-10). Si bien algunos manuscritos tienen el verbo "reinar" en tiempo presente, los mejores textos lo tienen en tiempo futuro. El reinado sobre la tierra de esta gran multitud redimida se describe aquí como culminación de la obra redentora de Cristo a favor de su pueblo.

Los pasajes bíblicos más importantes que hablan de la nueva tierra son los siguientes: Isaías 65:17-25 y 66:22-23,2 Pedro 3:13 y Apocalipsis 21:1-4. Isaías 65:17-25, que contiene quizá la descripción más elevada que tiene el Antiguo Testamento de la vida futura del pueblo de Dios, ya ha sido tratado anteriormente... En Isaías 66:22-23 hay otra referencia a la nueva tierra: "Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecerán delante de mí, dice Jehová, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre. Y de mes en mes, y de día de reposo en día de reposo, vendrán todos a adorar delante de mí, dijo Jehová". En los versículos previos del capítulo 66 Isaías ha estado prediciendo abundantes bendiciones futuras para el pueblo de Dios: Dios dará a su pueblo gran prosperidad (v. 12), lo consolará (v. 13), lo hará alegrar (v. 14), y lo reunirá de entre todas las naciones (v. 20). En el versículo 22 Dios nos dice a través de Isaías que su pueblo permanecerá ante él tan eternamente como los nuevos cielos y la nueva tierra que él creará. El versículo 23 nos enseña que todos los habitantes de esa tierra adorarán fielmente y regularmente a Dios. Si bien se describe esta adoración en términos tomados del tiempo en que Isaías escribió ("de mes en mes, y de día de reposo en día de reposo"), estas palabras no deben ser entendidas de un modo estrictamente literal. Lo que se predice aquí es la adoración perpetua de todo el pueblo de Dios, reunido de entre todas las naciones, en formas adecuadas a la gloriosa existencia nueva que ellos disfrutarán sobre la nueva tierra.

En 2 Pedro 3 el apóstol se enfrenta con la objeción de los burladores que dicen: "¿Donde está la promesa de su advenimiento?" (v. 4). La respuesta de Pedro es que el Señor está postergando su venida porque no desea que nadie perezca, sino que desea que todos lleguen al arrepentimiento (v. 9). Sin embargo, Pedro pasa a decir que el día del Señor vendrá, y que en ese tiempo la tierra y las obras que estén en ella serán quemadas (v. 10). Y luego siguen estas palabras: "(11) Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, (12) esperando y apresurándoos por la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! (13) Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva en los cuales mora la justicia". Lo que Pedro quiere decir es que, aunque la presente tierra sea "quemada", Dios nos dará nuevos cielos y una nueva tierra que nunca serán destruidas sino que durarán eternamente. De esta nueva tierra se habrá quitado todo lo que es pecaminoso e imperfecto, ya que será una tierra en la que mora la justicia. La actitud correcta hacia estos acontecimientos futuros, por lo tanto, no es la de burilarse del retraso sino la de esperar ardientemente el regreso de Cristo y la nueva tierra que vendrá a existir después de dicho regreso. Esta espera debe transformar la calidad de nuestra vida aquí y ahora: "Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas,

procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irrepreensibles, en paz" (v. 14).

Encontramos la más deslumbrante descripción de la nueva tierra de toda la Biblia en Apocalipsis 21:1--4:

(1) Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existíamos. (2) Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén. descender del cielo, de Dios. dispuesta como una esposa ataviada para su marido. (3) Y oí una gran voz del cielo que decía: "He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres. y él morara con ellos; y ellos serán su pueblo. y Dios mismo estará con ellos como su Dios. (4) Enjugara Dios toda lagrima de los ojos de ellos; y ya no habrá mas muerte, ni habrá mas llanto. ni clamor. ni dolor; porque las primeras cosas pasaron".

La existencia que se describe en estos versículos es incomparablemente hermosa. El hecho de que la palabra *kainos* describe la novedad del nuevo cielo y de la nueva tierra indica, como fue indicado anteriormente. que lo que Juan ve no es un universo totalmente otro sino uno que ha sido gloriosamente renovado. Hay diferencias de opinión sobre si las palabras "y el mar ya no existía más" se deben entender literal o figurativamente. Aun si se las entiende literalmente, las mismas sin duda indican un aspecto significativo de la nueva tierra. Si se tiene en cuenta que en el resto de la Biblia, en especial en el libro de Apocalipsis (d.

13:1; 17:15), el mar frecuentemente representa a aquello que amenaza la armonía del universo, la ausencia del mar de la nueva tierra significa la ausencia de cualquier cosa que interfiera con dicha armonía.

El versículo 2 nos habla de la "la santa ciudad, la nueva Jerusalén", que representa a la totalidad de la iglesia glorificada de Dios, descendiendo desde el cielo a la tierra. Esta iglesia, ahora totalmente libre de mancha o tacha, totalmente purificada del pecado, está ahora "dispuesta como una esposa ataviada para su marido", lista para las bodas del Cordero (véase Ap. 19:7). De este versículo aprendemos que la iglesia glorificada no permanecerá en el cielo en algún lugar lejano del espacio sino que pasará la eternidad sobre la nueva tierra.

Del versículo 3 aprendemos que la morada de Dios ya no estará lejos de la tierra, sino en la tierra. Visto que donde Dios mora, allí está el cielo, llegamos a la conclusión de que en la vida venidera el cielo y la tierra ya no estarán separados como lo están ahora, sino que se fusionarán. Los creyentes, por lo tanto, continuarán estando en el cielo mientras viven en la nueva tierra. "El morará con ellos; y ellos serán su pueblo" son las conocidas palabras de la promesa central del pacto de gracia (d. Gn. 17:7; Ex. 19:5-6; Jer. 31:33; Ex. 34:30; 2 Co. 6:16; Heb. 8:10; 1 P. 2:9-10). El hecho que esta promesa sea repetida en la visión que Juan tuvo de la nueva tierra significa que sólo sobre esa nueva tierra Dios concederá finalmente a su pueblo la plenitud de

las riquezas que están incluidas en el pacto de gracia. Aquí recibimos las primicias; allá recibiremos toda la cosecha.

Los marcados toques del versículo 4 sugieren mucho más de lo que en realidad dicen. No habrá más lágrimas sobre la nueva tierra. El lloro y el dolor pertenecen a las cosas anteriores que han pasado. Y ya no habrá más muerte---no más accidentes fatales, no más enfermedades incurables, no más servicios fúnebres, no más despedidas finales. En la nueva tierra disfrutaremos una comunión eterna e ininterrumpida con Dios y con el pueblo de Dios, incluyendo a seres queridos y amigos a quienes hemos amado y perdido por un tiempo.

En el resto del capítulo 21 y en los primeros versículos del capítulo 22 encontramos una descripción adicional de la ciudad santa-la que, podemos inferir, será el centro de la nueva tierra. Es dudoso que detalles tales como los de cimientos enjoyados, puertas de perlas y calles de oro deban ser tomados literalmente, pero el radiante esplendor que estas imágenes sugieren sacude la imaginación. El hecho de que los nombres de las doce tribus estén inscritos en las doce puertas (v. 12) y que los nombres de los doce apóstoles estén inscritos sobre los doce cimientos (v. 14) sugiere que el pueblo de Dios que morará sobre la nueva tierra incluirá a creyentes tanto de la comunidad del pacto del Antiguo Testamento como de la era de la iglesia del Nuevo Testamento. No habrá templo en la ciudad (v. 22), ya

que los habitantes de la nueva tierra tendrán una comunión directa y continua con Dios.

Muy significativos son los versículos 24 y 26 que nos dicen que: "Los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella [la ciudad santa] . . . y llevarán la gloria y honra de las naciones a ella". Uno podría decir que según estas palabras, entre los habitantes de la nueva tierra estará incluida gente que logró gran prominencia y ejerció gran poder sobre la tierra actual- reyes, príncipes, líderes, y otros tales. Uno también pondría decir que cualquier cosa que la gente haya hecho sobre esta tierra que glorificara a Dios sería recordada en la vida futura (véase Ap. 14:13). Pero debe decirse más. ¿Es decir demasiado, según estos versículos, que las peculiares contribuciones de cada nación a la vida de la tierra presente enriquecerán la vida de la nueva tierra? ¿Heredaremos entonces quizá los mejores productos de la cultura y del arte que esta tierra ha producido? Hendrikus Berkhof sugiere que cualquier cosa que haya tenido valor en esta vida presente, cualquier cosa que haya contribuido a "la liberación de la existencia humana", será retenida y aumentada en la nueva tierra.¹⁹ A favor de este pensamiento él cita la siguiente frase de Abraham Kuyper: "Si ahora se está formando un campo infinito de conocimiento humano y de capacidad humana por todas las cosas que suceden a fines de hacer que el mundo visible y la naturaleza material esté sujeta a nosotros, y si sabemos que este dominio nuestro sobre la naturaleza será completo en la eternidad, podemos llegar a

la conclusión de que el conocimiento y el dominio que hemos logrado aquí sobre la naturaleza pueden ser y, de hecho, continuarán siendo de significado continuo, aun en el reino de gloria".

El capítulo 22 nos enseña que sobre la nueva tierra las naciones vivirán juntas en paz (v. 2), y que la maldición que ha pesado sobre la creación desde la caída del hombre será quitada (v. 3). Se nos dice que los siervos de Dios lo adorarán o lo servirán²¹ (v. 3); el descanso que aguarda al pueblo de Dios en la vida por venir, en consecuencia, no será un descanso de simple ocio. El hecho de que se diga que los siervos de Dios reinarán para siempre (v. 5) confirma lo que aprendimos de Apocalipsis 5:10; a diferencia del reinado en el cielo de los creyentes muertos que están con Cristo durante los mil años del estado intermedio (20:4), éste será un reinado eterno sobre la tierra por parte de creyentes con sus cuerpos de resurrección. La más grande alegría y el más grande privilegio de la vida de gloria están expresados en el versículo 4: "Y verán su rostro [el de Dios], y su nombre estará en sus frentes". En suma, la existencia en la nueva tierra estará distinguida por el perfecto conocimiento de Dios, el perfecto disfrute de Dios y el perfecto servicio a Dios.

La doctrina de la nueva tierra debería darnos esperanza, valor y optimismo en estos días de desesperanza general. Si bien el mal parece desatado en este mundo, nos consuela saber que Cristo ha logrado la victoria final. Aun cuando los

ecologistas describan el futuro de esta tierra en términos lóbregos, es alentador saber que algún día Dios preparará una nueva tierra gloriosa sobre la cual los problemas ecológicos que ahora nos vejan ya no existirán. Esto no significa que no necesitemos hacer nada respecto a estos problemas, pero sí significa que trabajamos buscando soluciones a estos problemas, no con un sentido de desesperanza, sino en la confianza de la esperanza.

Anteriormente habíamos indicado que habría continuidad tanto como discontinuidad entre esta era y la futura, y entre esta tierra y la nueva tierra.²² Este punto es de suma importancia. Como ciudadanos del reino de Dios, no podemos simplemente dejar de lado la tierra actual como una pérdida total, ni alegrarnos en su deterioro. Sin duda, debemos estar trabajando ahora mismo a favor de un mundo mejor. Nuestros esfuerzos de traer el reino de Cristo a una manifestación más completa tiene significado eterno. Nuestra vida cristiana de hoy, nuestra lucha contra el pecado-tanto el individual como el institucional nuestra obra misionera, nuestros esfuerzos por desarrollar y promover una cultura distintivamente cristiana, tienen valor no sólo para este mundo sino también para el mundo por venir.

Al vivir sobre esta tierra, estamos preparándonos para la vida en la nueva tierra de Dios. A través de nuestro servicio al reino estamos reuniendo los materiales de construcción para esa nueva tierra. Se están traduciendo Biblias, se están evangelizando pueblos, creyentes están siendo renovados y

se están transformando culturas. Solamente la eternidad revelará el significado pleno de lo que ha sido hecho aquí por Cristo.

Al principio de la historia Dios creó los cielos y la tierra. Al fin de la historia vemos los nuevos cielos y la nueva tierra, que en su esplendor sobrepasarán en mucho todo lo que hemos visto anteriormente. En el centro de la historia está el Cordero que fue inmolado, el primogénito de entre los muertos, y el Señor de los reyes de la tierra. Algún día echaremos todas nuestras coronas delante de él, absortos en admiración, amor, y adoración.

